

## Cartas cruzadas sobre lo poético

Alex Silgado Ramos  
 Donaldó Guerra Hernández

*Y las palabras se van haciendo vida. Están en un lugar del corazón. Las sentimos. Las padecemos. Las encarnamos...*

### Preámbulo

Buscando lugares más cercanos al corazón para intentar algunas palabras sobre lo que considerábamos la palabra poética, en tanto espacio ambiguo que devela la condición humana; decidimos emprender un viaje hacia registros que nos permitieran decir de otro modo, porque lo que queríamos era también sentir de otro modo. Así, en este intento de conversación sobre poética y vida nos fuimos encontrando con la carta como una

escritura más cercana al otro. Una escritura que sin perder esa cercanía que tiene la palabra viva de la conversación también permite tejer un espacio de reflexión más cercano a la vida. –No nos interesaba LA VIDA en mayúscula, sino, más bien, esta que acontece, y que a cada rato se dice, desdice o contradice entre lo que se nos hace presente en nuestra presencia–.

Últimamente nos hemos sentido agotados con las formas esquemáticas de habitar o, más bien, solo de usar, cuando no más bien abusar, la palabra en el mundo académico

(un mundo con tufillo demente hasta donde el ensayo ha perdido la capacidad de ensayar). Pareciera que el único registro que diera validez al pensamiento fuera el artículo científico. Un registro que posesiona una palabra de experto –por lo general en imperativo– en una forma cristalizada que deja poco o nulo espacio para la angustia, para la incertidumbre, para ese espacio en que el pensamiento se alía al corazón y en un claro/oscurito germinan sentipensamientos que es imposible categorizar, porque no pretenden demostrar sino sencillamente mostrar, y que por lo mismo son decibles solo a través de imágenes, escenas, girones, viñetas, en fin. Son espacios de arenas movedizas que lógica de la academia no se permite conciliar. Para ella los terrenos firmes, las zonas parametrizadas en que las categorías funcionan bien desde la administración de sus límites disciplinares. Nosotros estábamos buscando otro sitio, no de límites sino de frontera; no de palabras verticales sino de palabras horizontales. No de verdades reveladas sino de incertidumbres. El asunto era no guardar distancia (la distancia epistémica del que crea el objeto de estudio desde su condición objetiva de sujeto) sino, de proximidad y para esto era necesario tejer la conversación desde una distancia poética, es decir, desde la corporeidad de la palabra, lo que supone una alianza entre cuerpo y espíritu. Se trata en últimas, de empalabrar el cuerpo que siente y piensa para encarnar la palabra.

### De las cartas...

\*\*\*

### Querido Alex:

Busco en la calma de esta noche un tono propicio para escribirte esta carta. Me anima la intención de restaurar a un tiempo el diálogo y la amistad de dos voces que un día utilizaron la academia como pretexto. Después de un largo o breve paréntesis, despojados ya de los afanes y de la soberbia propia de la juventud- aunque no de la rebeldía- nos decidimos a ensayar con alegría el pensamiento.

Recordarás querido Alex que acordamos hablar sobre la poética. En modo alguno no como una disciplina o como un tratado aristotélico sino de la experiencia misma de ser tocado por el arte o la visión de mundo de un poeta. Porque una cosa es pasear los ojos por las páginas de un libro de poemas y reconocer esa mano de orfebre, esa precisión de relojero para colocar adjetivos, o esa facilidad para lograr una imagen, (que curiosamente echarás al olvido al enfrentarte a las cosas cotidianas que ofrece la vida) y otra cosa es el asombro, la extrañeza, la admiración por un modo particular de nombrar el mundo. Cuando ocurre esto último, sabes que estás frente a un verdadero poeta y que desde entonces esa voz, dotada de un tono particular, a la cual volverás una y otra vez, te acompañará para siempre y podrás reconocerla sin temor a equivocarte entre otras miles de voces.

Lo anterior me recuerda un pasaje de “El principito” donde el zorro le pide al niño que por favor lo domestique para poder ser amigos. El amigo, al igual que el buen poeta cumple con una serie de rituales que lo acercan a nuestros afectos y lo hacen caro a nuestros sentidos. ¿Es la poética una especie de fórmula o truco lingüístico para alcanzar un resultado específico? ¿persuadir? ¿convencer? La poética como la amistad es un acto de sinceridad, no pueden impostarse o por lo menos no por mucho tiempo. Creo que me he dejado llevar por la corriente y he perdido el hilo. Y en verdad no sé por dónde continuar. Tú más que nadie, Alex, conoces los peligros y las ventajas de escribir llevado por la emoción. Se me ocurre entonces recordar dos poetas (los que a mi juicio tienen una poética) y en describir un poco en qué consiste la singularidad de su obra. Iniciemos con nuestro querido Raúl Gómez Jattin ese amante del teatro, cuya alma quizá escapó de la antigua Grecia para cantar y celebrar un vitalismo, que pasa por lo sexual pero no se detiene en ello, en una época mojigata. Aldea o provincia encerrada en un domo de cristal que teme contagiarse de la vida, de la verdad y de la muerte. Podemos ver al poeta arrojando rabiosamente sus versos contra ese domo, para quebrar el cristal, para que entre un nuevo aire. Sus versos no son vulgares piedras, son joyas bien elaboradas, consagradas a otro tiempo y a otros dioses donde los hombres podían alcanzar contornos divinos. De manera

que incluso quienes detestan al hombre-poeta se inclinan para recoger aquellas piedras Raúl suena a pecado, a provocación, a rebeldía y a grandeza, esa es su poética. No hay otra voz igual a la suya o mejor debiera decir: no hay otras imágenes como las suyas (ese que mendiga una camisa y se la dan, ese que recibe un qué hay de tu vida frío e impersonal, el que duerme en la mecedora, vaiviniéndose o el que cuelga de un árbol como un fruto). Para quienes conocemos algo de su biografía nos queda claro que su modo de nombrar el mundo no es una pose comercial. Pues fiel a sí mismo, canto siempre su propia vida. Su vida misma fue un poema. No vivió como un hombre de aldea. Semeja más bien un fauno montaraz, un centauro majestuoso, un sátiro, un enviado del mismísimo Dios Pan en el panorama de la literatura colombiana.

No sé si me hice entender. Tú, Alex, quizá puedas elaborar mejores palabras para explicar esto de la poética. Yo apenas me animo a hablarte de otro querido poeta, de Aurelio Arturo. La poética de Arturo está elaborada con otros elementos y otras características, podría decir que su palabra es una palabra encantada. Está hecha para el oído porque es la música misma. No me queda claro si el poeta es una especie de mago Merlín, que habita en el centro del bosque, dueño de los elementales y genios de la naturaleza o es un niño con una prodigiosa imaginación que ha poblado con seres sacados de cuentos infantiles el universo vegetal que rodea su casa, el

hecho es que la música nos seduce y nos atrapa. Hojas que simulan ser las estrellas, un viento que se detiene entre hierbas mágicas y a la vez mueve las palabras, ángeles de sombra y de secreto. Noche de fábulas. Con aliteraciones, anáforas, con un imaginario propio de los cuentos de hadas, la voz de Aurelio nos llena de asombro. Es ese el misterio de su poética.

No pretendo ni mucho menos agotar este tema. Soy consciente de mis propias limitaciones a la hora de explicar qué es una poética. Mientras... son estas mis intuiciones básicas. Más que un rigor ha sido un placer tratar de descifrarlas. Tú sabrás, mi amigo, encontrar luces en medio de tantas sombras, quedo esperando tu respuesta. En otro momento tal vez volvamos con mayor fortuna sobre estas ideas. La noche dio paso a la madrugada y e s p r e c i s o d o r m i r .

Donaldo

Bogotá, marzo 7 de 2016

\*\*\*

**Donaldo:**

Mi querido y recordado amigo, con cuánto agrado recibo tus generosas p a l a b r a s . A propósito de ello, a veces se me ocurre que la generosidad tiene la forma de un recuerdo de mi infancia: las mañanas de lluvias eran una bendición, en esos días

nos levantábamos bien temprano a contarle a la abuela los sueños, para que ella mientras atizaba la hornilla donde hacía el café nos los interpretara. Luego aparecía por una esquina del patio mi abuelo Manuel con las manos cargadas de mangos que la lluvia había tumbado. Mi abuelo los lavaba y los ponía en la mesa para que juntos los comiéramos... Así creo que entiendo la generosidad, es volver a la lluvia, al patio, al café de mi abuela, a las manos y gesto de mi abuelo, es un volver a los seres y cosas que nos acogen. Te confieso, eso sentí con tus palabras, que al pretender hablar de *poética* se convierten ellas mismas en un generoso gesto que encarna la poesía misma.

¡Qué tiempos aquellos!.. Embriagados de la palabra poética, una palabra creadora, una palabra que no venía de la cabeza, sino de las tripas, de las entrañas mismas; buscábamos en esos poetas el estremecimiento vital que se siente desde bien adentro y se hace intraducible en términos explicativos. Era una forma de rebeldía; la mejor manera de combatir la zozobra de esos días en que buscábamos “un lugar donde posar sin mucha fatiga el pie”, más allá de nuestros sueños de trapo. Queríamos ser poetas, no de los que publican y son reconocidos; nos bastaba con reconocernos a nosotros mismos porque en el fondo lo que buscábamos era vivir poéticamente la vida, es decir, abrírnos al lenguaje, experiencia sensible de esa realidad que nos atravesaba. Luego,

vino el paréntesis, como tú lo llamas. Un pasaje más, en el que con el peso de los imaginarios de responsabilidad y compromiso que circulan en nuestra sociedad, cada uno de nosotros tomó la debida distancia para encontrarse o perderse en esa telaraña que es la vida. ¡Pero qué maravilla!, hoy vuelven tus palabras, generosos gestos, que convidan el re-encuentro.

Me gusta esa modesta invitación con que me acoges en este nuevo encuentro: eso de 'ensayar con alegría el pensamiento'. Ya de plano esto nos pone en otra condición con la palabra, es decir, con nosotros mismos. No se trata entonces de agotar temáticas en pos de una verdad, sino de respirar y dejar que el pensamiento se traduzca en palabras; impera aquí el movimiento, lo que en el fondo es acoger la incertidumbre, andar en actitud funambularia. Todo eso más que obligar y limitar, lo que genera es apertura, configura horizontes y nos acerca a la alegría de ensayar con regocijo el pensamiento, lo que quiere decir, aprender que el motivo es el viaje y no el destino de llegada.

Qué pretexto más inquietante el de tu carta: hablar de o sobre poética. Y creo que tú mismo me estás dando una bella lección sobre el asunto. Hablar de poética requiere primero el tono, esto es, hablar poéticamente, encantar el lenguaje, despertar el ánimo de las palabras. Hablar de poética como tú lo dices es habitar el

tono y desbordarse en la experiencia de ser tocado por la poesía, que para mí es el contrato que uno acuerda entre la palabra reveladora de un poeta y el ritual que uno emprende para acogerla. Teniendo en cuenta esto último, me atrevería a decir que lo poético es la confluencia de un tiempo y un espacio en que se nos adviene la vida y el mundo como revelación. Se trata de un tiempo/espacio mágico en el que anclados en el presente transitamos la reminiscencia y tejemos nexos con lo *porvenir*. Entonces, lo poético se nos revela como la experiencia misma de habitar/acontecer en la poesía, y creo que eso no es el espacio de la explicación sino el de la vivencia. (Se me viene a la cabeza una frase de Octavio Paz, en la que dice que lo poético es la poesía en estado amorfo; no sé si entroncará con lo que vengo diciendo, pero en mis vagas interpretaciones le veo cierto aire de familiaridad).

Vuelvo sobre lo de poética como ser tocado por la poesía, sobre ese tipo de contrato, que no sé si será un acuerdo consciente, lo que sí creo es que involucra todo lo que somos. Si hay un contrato es porque ambas partes pactan algo. No sé cómo decirlo, pero es que creo que no sólo revela la palabra del poeta, sino también la disposición de quien acoge la palabra, o sea que lo poético pudiera surgir de la confluencia. Me digo o te digo esto, porque es que a veces he visto banalizarse joyas de versos o imágenes en las manos de algunos lectores que no son capaces de crear el momento para que

acontezca o se revele lo poético. Creo que eso mismo tú insinúas cuando pones los ejemplos de los dos poetas y muestras cómo a veces no tenemos la disposición para apreciar la alquimia de su palabra reveladora.

Creo que me estoy extendiendo mucho y perdiendo el foco, si es que acaso tengo alguno; pero lo menos que quiero es volverme un explicador. Quisiera es más bien describir o narrar un sentir. Frente a esa poética que ya yo confundí con lo poético (no sé si es que la poética es la conjunción en una obra de lo poético, no como algo coincidental y fragmentario de algunos versos en un poeta, sino como una totalidad o cosmovisión que permea toda la creación de dicho poeta. Y esa poética requiere madurez en la vida y obra de un creador). Vuelvo a mi sentir. Uno lee a un poeta y, como tú lo dices, puede encontrarse con un montón de palabras estética y técnicamente bien concebidas, y que dirás: es bello, pero pronto echarás al olvido concebidas; pero por otro lado, se irá afinando el tacto para descubrirte ante el “asombro, la extrañeza, la admiración por un modo particular de nombrar el mundo”, y allí es cuando sientes con todo lo que eres que estás frente a una poética, a una palabra reveladora que te dona el mundo, es decir, que te entrega una forma genuina de sentir la vida. Esto último es lo que siento mientras

se me vienen a la cabeza aquellos versos del arte poética de Borges: *A veces en las tardes una cara/ nos mira desde el fondo del espejo;/ el arte debe ser como ese espejo/ que nos revela nuestra propia cara.*

Entonces, mi querido Donald, no sé si lo que he dicho tiene eso que llaman coherencia, pero quizá mal interpretando lo de Borges, podría decirte que siento que estoy frente a una palabra poética cuando es capaz de revelarme mi propia cara o, mejor, mi rostro, lo que soy, no como esencia, sino lo que estoy siendo en ese momento de mi constante metamorfosis. Al contrario, hay otras voces que dicen llamarse poéticas y si acaso solo nos muestran borrosamente una parte de uno, quizá deformada, y no el rostro.

Querido amigo, gracias nuevamente por acogerme con tus palabras.

Abrazos. Con eterno afecto y admiración,

Alex

*Ibagué, marzo 19 de 2016*

\*\*\*

### Posdata

Sin la pretensión de llegar a conclusión ninguna, las palabras se fueron volviendo habitables en su resistente imposibilidad. Se trata de buscar un lugar. Una palabra, una morada. Una palabra hospitalaria que no solo reconozca al otro como otro, sino que lo acoja. Que le dé una habitación y lo permita habitar. Se trata de un gesto de hospitalidad; un humilde y humano gesto. Se trata de un pretexto para dejar que emerja la palabra por venir. Ese que por ser fruto del acontecimiento está articulada desde la fragilidad y ambigüedad de la vida.

Se trata de hablar; solo de cruzar palabras, de hallar un lugar para conversar. Lo que menos importan son las palabras que concluyen. Se trata de un nacer cada vez que se dona la palabra poética.

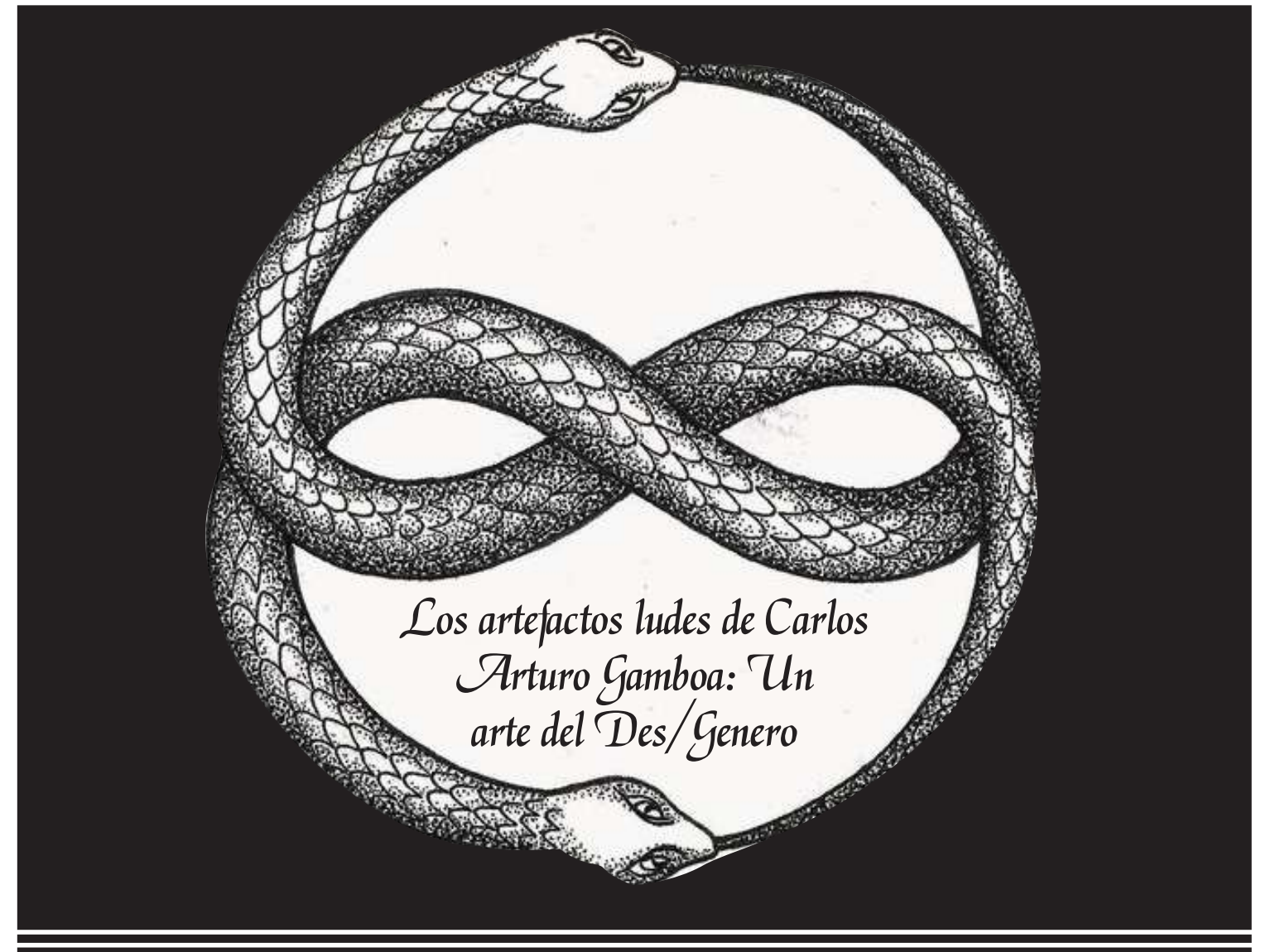
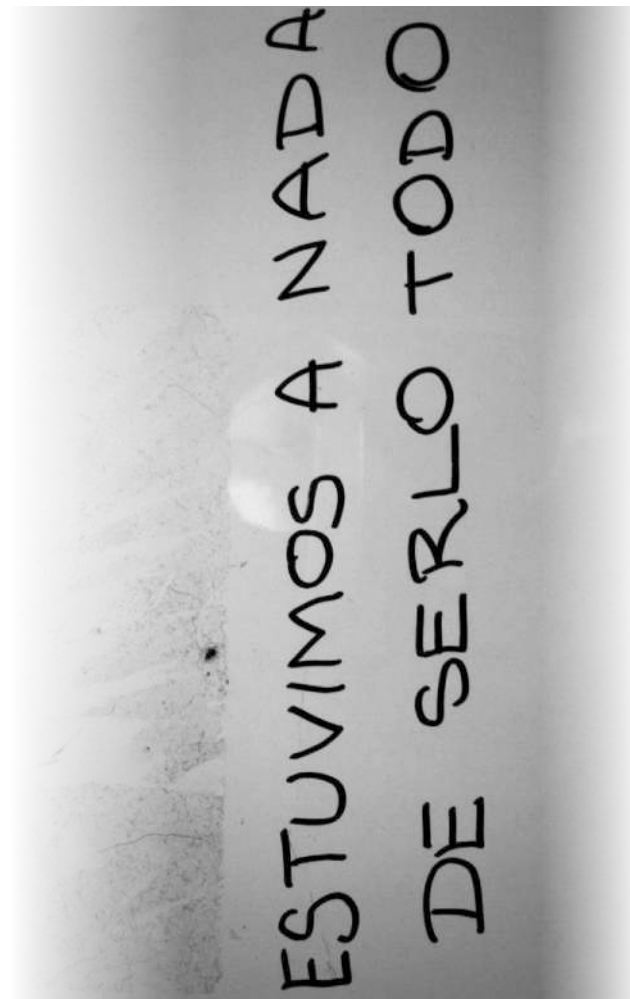
Una habitación, una morada. Amplios ventanales y puertas. Un lugar genuino para que sucedan humilde y humanamente: Aperturas...

*Una voz que invita, que convida (con vida). Apertura es posibilidad. Posibilidad es siempre aventura, riesgo, contingencia... acontecimiento. Este convite es una insinuación a desbordarnos en la experiencia. Apertura: abrimos. Cuando puertas y ventanas están abiertas todo fluye; existe la posibilidad del afuera y el adentro, del entrar y el salir. Se distensionan las resistencias y desistencias, se trafican las sensaciones, se mezclan anverso y reverso.*

*Apertura del cuerpo, del alma, de los*

*sentidos y sinsentidos. Como en el principio: palabra encantada y encarnada, palabra creadora, palabra abierta: apertura a la experiencia. Palabra conjugada en el tiempo y el espacio. El verbo que ya es carne, la carne que es acción y conjunción, ambivalencia... y solo pulsa vida.*

*Adentro y afuera la conversación continua. El más humilde gesto poético para que devenga la fraternidad entre dos personas que un día devinieron amigos a través de la palabra por venir.*



Luis Fernando Abello

Lic. Lengua Castellana UT.

Julio Cortázar, en su innovador libro Rayuela, insta una advertencia sin la cual no podemos pasar desapercibidos en su lectura:

A su manera este libro es muchos libros, pero sobre todo es dos libros. El primero se deja leer en la forma corriente, y termina en el capítulo 56, al pie del cual hay tres vistosas estrellitas que equivalen a la palabra Fin... El segundo se deja leer empezando por el capítulo 73 y siguiendo luego en el orden que se indica al pie de cada capítulo. En caso de confusión u olvido, bastará consultar la lista

siguiente...

Así mismo, el escritor argentino nos da un "orden" cronológicamente virtuoso para continuar con su mirada; dicha lectura está sometida por los deseos del lector, así que, también, se puede hacer caso omiso a la advertencia de Cortázar. De esta misma manera, el escritor ibaguereño Carlos Arturo Gamboa nos advierte, aunque de manera distinta y diversa a la de Cortázar, que su libro no tiene un género definido o así lo hace parecer por cuenta del propio título: "Un juego desgenerado".